

Susana Zanetti

Susana nos hablaba de la literatura latinoamericana y era imposible sustraerse a sus palabras que, dichas con agudeza y propiedad, podían recorrer todos los temas con la máxima erudición y la más fina de las sensibilidades. Escucharla, por ejemplo, analizar el “Primero Sueño” de sor Juana Inés de la Cruz era entrar en un laberinto de asociaciones y sonidos que acompañaba con su mano, como tocando un piano o queriendo dibujar esa pirámide de luces y sombras del poema para hacerla visible a su auditorio. Llevada, quizás, por otra de sus grandes pasiones, la ópera, se situaba en el aula como una *prima donna*, majestuosa y altiva, conmovedora e impactante. El martes 20 de agosto de 2013 abandonó ese escenario de intensidad y altura vallejianas con que pensó toda su vida.

Susana impuso un ritmo vertiginoso, exigente y sin pausas a todas sus actividades, que más que trabajos, oficios o vocaciones, fueron imperiosas misiones del intelecto. Se dedicó con la misma entrega a la edición, la docencia, la investigación, la formación y la difusión de la literatura continental, empujada por esa “dorada garra de la lectura”, metáfora sin par que eligió para su libro más señero. Sus lecturas eran múltiples, ávidas, incansables, como queriendo asimilar todas las letras continentales de una sola mirada. Se preciaba de haber leído libros considerablemente extensos, como *Terra Nostra*, de Carlos Fuentes, en poco más de un día.

Su pasaje por Centro Editor de América Latina y Eudeba dejó una marca indeleble en las colecciones de cada una de estas empresas, y estas en ella. Aludía a esta etapa con nostalgia y orgullo, seguramente porque allí enfrentó su compromiso, trabajó sus amistades, afirmó su imagen y ganó su renombre. Transmitía estos años con anécdotas divertidas o graves recuerdos de los tiempos difíciles de la dictadura de 1976-1983. Luego, la docencia y la investigación en la literatura latinoamericana ocuparon todo su horizonte y se entregó sin retaceos a formar nuevas generaciones abriendo, de par en par, su casa y su biblioteca incomparable.

En los años inmediatos a la recuperación democrática, Susana sembró discípulos en casi todas las universidades del país. Rosario, Córdoba, La Pampa, Salta, Mar del Plata, La Plata, Bahía Blanca, Comahue la vieron pasar con su saber a cuestas y su inolvidable prestancia. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA participó en la organización de la cátedra de Literatura Latinoamericana I, de la que fue profesora titular, y dio un giro radical a los estudios introduciendo todo lo más nuevo y consistente de la crítica y el pensamiento del continente. Sumó otras responsabilidades para ser directora del Instituto de Literatura Hispanoamericana del Departamento de Letras, además de coordinadora de la Maestría de Literatura Española y Latinoamericana, en la que impartió seminarios en los últimos años. Hasta hace pocos meses dictaba clases en la Universidad de La Plata, donde era Profesora emérita, y poco faltó para que terminase como Pedro Henríquez Ureña, en el camino a ese destino docente. Lo que quizás hubiese querido. La convencieron, juiciosamente, para que no viajase a brindar la que sería su última lección.

Los que tuvimos el honor de formarnos con ella sabíamos de su extrema exigencia, de esa pose férrea de maestro a lo Paul Groussac que, en un principio, paralizaba cualquier intento de contrariarla. Su porte, un tanto soberano, contribuía mucho con esta imagen. Polémica y confrontadora, creía profundamente en que el saber no nace de las concesiones. Pero cuando emitía su palabra aprobadora, alumbraba para siempre el camino del más díscolo de sus discípulos. Con la convivencia, todos aprendíamos a atravesar ese umbral. Y su calidez de gran maestra era entonces como un bálsamo.

Susana siguió la huella de Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas, Ángel Rama, a quienes destinó estudios y continuos reconocimientos. Como ellos, pensó un mapa complejo y ambicioso de la literatura latinoamericana a sabiendas de que no podía incorporarlo todo, pero aspirando a construir un dispositivo sólido que permitiese pensar el conjunto. Si se siguen los numerosos programas que dictó en Buenos Aires, La Plata y otras universidades del país y el exterior, podrá observarse la vastedad de sus intereses. Sus libros dan cuenta de estos desplazamientos, que la llevaban del Inca Garcilaso de la Vega a José María Arguedas, de sor Juana a José Emilio Pacheco, de Lima Barreto a Roberto Arlt, para citar algunos de estos trazos en zigzag –estas *religaciones* como le gustaba llamarlas, siguiendo a su admirado Ángel Rama– que eran continuos e inagotables y que, como espirales, iban plasmando nuestra historia cultural en tupidos escenarios. Al hacerlo, armaba y desarmaba el canon, una de sus obsesiones más tenaces.

En los últimos meses, cuando ya era consciente de su grave estado, compiló un libro de ensayos, en el que volvió a emprender esas amplias cartografías, reflexivas e incitadoras, gesto que será, sin lugar a dudas, su sello y su legado. Es necesario recordar aquí sus libros, *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina* (2002), y *Leer en América Latina* (2004), además de los numerosos volúmenes colectivos de los que fue coordinadora, fruto de investigaciones grupales por ella dirigidas, como *Las cenizas de la huella. Linajes y figuras de artista en torno al Modernismo* y (1997), *La novela latinoamericana de entresiglos (1880-1920)* (1997), *Legados de José Martí en la crítica latinoamericana* (2000), *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires* (2004).

Tuvo muchos e intensos amores literarios, pero José Martí y Rubén Darío fueron sus preferidos. Les dedicó clases brillantes y escritos imprescindibles. Resuena, en este preciso momento, su lectura de las últimas líneas de la “Epístola a la Señora de Lugones” que dicen, en su despedida, “y guárdame lo que tú puedas del olvido”. Su figura, su obra y su magisterio no corren riesgos de desmemoria, ya integran esa gran tradición latinoamericanista que difundió con generosidad formidable y radiante trayectoria.

Beatriz Colombi